

Insomnio

Manuscrito heraclitano

Se nos fue. Por entre los dedos.
Arena de oro en el reloj del cuerpo.
Agua quemada donde habrán de apagarse
las brasas de la luna. Se nos fue.
Inmensidad atravesada por los caballos
de aire y sueño del amor jamás confesado.
Se nos fue. Por entre los párpados.
Rocío incendiado por el olor de los tilos
bajo los que nunca nos demoramos.
Castaños de blancos candeleros verdes
donde jamás hemos llegado.
Se nos fue. Canción de la cual, confusos,
no logramos decir más que algunas palabras
y todo esto a media voz.
Se nos fue. Ha sido nuestro.
Ya no lo es. Se nos fue
mientras mirábamos el correr de las aguas.
No hemos sabido que era nuestro también.
El tiempo. Se nos fue el tiempo.

Insomnio

Alguien se sienta en las orillas de mi sueño
con una caña en la mano.
Amarillo, el flotador de corcho tintinea
cerca de mis párpados mientras allá, abajo,
en la profundidad de las aguas de mis sueños,
clavado en el anzuelo, se mueve el cebo.

Todo está perfecto, calculado con precisión,
el tic-tac del reloj sigue royendo
el fósforo de los instantes encerrados en las cifras
y el hombre que está sentado
tiene una paciencia de buho viejo y astuto.

Sigo ahondándome cada vez más
hacia el fondo de mis ilusiones,
las transformo esta vez en tigres y gacelas
y las dejo sueltas para que conozcan
por sí solas el fin o el signo futuro.

Desciendo por las amarras de hiedra en flor,
por entre las mudas campanas verdes de las medusas
y consuelo a las sirenas que siguen llorando
por su eternidad estéril arrellanadas
sobre cubiertas de navíos podridos.

Amarillo, el flotador de corcho tintinea
muy cerca de mis párpados
mientras en las orillas mujeres jóvenes
se desnudan de sus soledades enlutadas
y se dejan a voluntad de las altas olas
fecundadas por el largo relincho del viento.

Los cuchillos de la arena despanzurran
la paciencia del buho. Siento
que le hace falta un poco de esperanza
y muevo el anzuelo,
después reúno las gacelas y los tigres.
Pongo todo a salvo, al saber que siempre,
incluso en el sueño se puede morir.

Enderezo las escopetas de los cazadores
hacia donde está el hombre-buho.
Me cubro los ojos, me tapo los oídos
y sigo soñando mi sueño hasta el fin.

Carta para mi ego

Me quedaré allí, en esta orilla
del otoño solamente por mí conocida,
al lado del rojo lamento del cerezo,
bajo la tristeza amarilla de los chopos;

clavada en el cielo,
me quedaré allí para mirar
cómo se ve la luz
cual meditación a media voz.

Ahora te toca hacer
lo que yo mismo, a veces sin querer,
hice para ti.

Llévame pues, cuanto habrá de ser,
el tiempo y la cara.
Sé desde hace mucho
que los espejos no tienen ninguna culpa
en cuanto al color y a las arrugas.
Los espejos inventan solamente remordimientos.

Estás libre para salir, para buscar
y descubrir todo.
Todo lo que he hecho o no
o me había olvidado adrede de hacer.

Aún así, ten cuidado por donde andas.
Sobre todo, no te adentres jamás
en la llanura cuyo borde,
sobre el único árbol que hay,
dejé escrito: «La resignación».

Es una llanura inmensa
que es el mar mismo
con todos los barcos que han salido
para no volver jamás.
Si no hubiese renunciado a ellos,
tú mismo, hoy, no serías
más que un puñado de tierra.

El árbol, el único que todavía vive,
me ha visto, sobre todo en el atardecer,
cargando aquellos barcos
con resignaciones y grandes pedazos de ocaso.
Es el único testigo que sabe
que lo había hecho contra mi voluntad
y que he desatado las amarras
para que tú vivieses en adelante.

Sería mejor regresar a casa.
Encontrarás la tapia construida por mí,

el portón nuevo y en el jardín,
alrededor del pozo, descubrirás
encendidos los faroles de los membrillos.

En el cuarto darás con mis libros,
con las cartas que jamás escribí
y con los papeles donde se pudre el tiempo
con el que nada pude hacer.
Tendrás mucho trabajo. Te va a buscar
la gente del pueblo para curarle
su resignación y sus aves
que se dejan caer las alas en la hierba
y se mueren con el pico clavado en la tierra.

Habrás de escucharla con mucha paciencia
para descubrir en su voz
el color marchito de las ilusiones.
Toda la historia de este país
murmura en los árboles de su sangre;
solamente ella sabe que esta tierra
está cantando cuando crece un árbol
pero nunca te lo dirán.

Si en la ventana que da hacia el camino
encontraras una flauta, no la toques:
abandonada en la cima de una montaña verde,
dentro de su canto duerme mi infancia.
La duda ocupó después su lugar
y es conveniente dejar las cosas como están.

¡Oh las madrugadas de mi sangre
llena de sueños!

Y este camino por donde pasó
de ojos cerrados mi adolescencia
dejando en todos los árboles
banderas rojas y consignas...

Desde aquel futuro vuelvo ahora
para darte mi cara
tan distinta de la que tenía entonces,
que incluso la memoria de los espejos la rechaza
y hasta la corteza de los árboles
la desconoce por entero.

Sin embargo, ten cuidado por donde andas,
sobre todo en los atardeceres,

porque todavía yo me hago cargo de ti.
No hagas nada para mí jamás,
sobre todo al caer la noche
y no llores si al regresar te van a decir
que me he mudado
de buena voluntad a otro mundo
donde tú nunca vas a llegar.

Hechicera*

Hace tiempo que no pronuncio más tu nombre.
Quise olvidarte para ver cómo se está,
cuando no existas, dentro de mí y dentro del mundo.

Todo ha sido como siempre, aunque se me antoja
que menos cargado de interrogación
se ha puesto de golpe mucho más ligero.

Por lo pronto, incluso el tiempo
llega y se va con menos prisa
y hasta en el aire se está mejor.

Al no sentir más tu presencia,
lentamente se te ha olvidado,
como si hubiese sido y no jamás.

Tampoco diré tu nombre ahora.
Pienso que te has hecho con lo tuyo.
Que te trague para nunca la tierra.

Olor de menta y de rosa

Éramos solamente olor de menta y de rosa,
aprendíamos el infinito mayor y el infinito menor;
las semillas de la vida explotaban
como granadas entre las sábanas
y andábamos por las calles, al caer la noche,
con las antorchas en las manos
y todo el futuro en los labios.

Hoy ya no sé dónde se hallan aquellas calles,
pero oigo aún el fluir de las palabras como un río;
barcos podridos, los años se han ahondado

** Este poema se publicó en Rumania en 1987, en el libro La luz del otoño. El nombre al que se alude en el primer verso, el nombre impronunciable, es Ceaucescu. (N. del D.)*

y los bosques han sido cortados
para que crezca a su gusto la soledad.

Se ha perdido el olor de menta y de rosa,
tanta es la oscuridad dentro y fuera de nosotros,
tanta es la falta de ríos y palabras,
que lo único que nos queda es prendernos fuego
y salir a la calle, nosotros mismos como antorchas.

Pirámide y Caña

Sin alma otra vez. Como ayer,
no sé por dónde anda sola. Yo
estoy andando por las calles.
Nada busco: todo lo que he encontrado
apenas me ha servido para seguir buscando.
Nadie me podrá enderezar los hombros
doblados bajo tanta duda.
Entre la pirámide y la caña,
me he quedado con ésta última.
Flexibilidad y rumor. Ondulación y murmullo.
Al caer la noche el recuerdo desata
los manantiales de lo que pudiera haber sido.
Es el instante en que el alma abre y se va.
Nunca le digo que se quede. Sin decírnoslo
nos repartimos las horas. El silencio
del arco, bien tenso.
Sé cuándo vuelve: el cuarto
se está llenando con el olor de la infancia.
Suave, la luz del otoño nos junta una vez más.
Está bien, mi alma. Está bien, mi hombre.
El arco se destensa. El silencio
se traslada en la punta de la saeta.

El mar

Sobre esta orilla donde
jamás ha llegado barco alguno,
deambula desde siempre mi alma
engañada por el rumor de las olas
que nadie está oyendo.